

Miguel Delibes: un hombre, un paisaje, una pasión

Sesenta años después de *La sombra del ciprés es alargada*

"YO nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas y creo que el silencio y recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer. No dudo de que, aparte de otras varias circunstancias, fue el clima pausado y retraído de esta ciudad el que determinó en gran parte la formación de mi carácter."

Así comienza *La sombra del ciprés es alargada*, novela redactada en 1947, que ganó el Premio Nadal en su cuarta convocatoria y que abre la larga vida narrativa de Miguel Delibes, nuestro mejor novelista castellano. Aquella obra, que ahora cumple sesenta años, de la que Delibes ha hecho siempre una crítica excesivamente dura, era el fruto de un escritor que, según él, identificaba entonces literatura con retoricismo y grandilocuencia. Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, fue bien acogida y animó al autor a continuar en la labor de contar historias. En 1998, cincuenta años después de aquella noche de Reyes de 1948, apareció su vigésima novela, *El hereje*, una obra maestra con la que sorprendió a sus lectores cuando parecía haber dado a entender en varias ocasiones que su obra podía darse por concluida. Entre estas dos fechas además de las veinte novelas, libros de relatos, de caza, de pesca, de viajes...

La narrativa de Delibes tiene una extraordinaria acogida por parte de un público mayoritario. ¿A qué se debe? En su obra hay sin duda un afán realista que conecta con un sector amplio de lectores, quizá cansados de tanta novela como había hecho del experimentalismo y de la disolución de los elementos narrativos su razón de ser; de metanovelas que giran sobre la reflexión del propio proceso creativo; de novelas donde los personajes, al sumergirse en la propia interioridad, parecen alejarse definitivamente de lo real. Sus novelas contienen siempre historias atractivas, cercanas, muy bien contadas y articuladas en torno a los tres elementos que siempre ha considerado imprescindibles en todo relato: "Un hombre, un paisaje y una pasión".

Un hombre

De los tres elementos anteriores, el más importante, según afirma el propio escritor, es el primero: los perso-

najes. Naturalmente en Delibes son importantes la historia, la técnica, el estilo y lo que él llama "el tono"; pero todo está supeditado a las perspectivas de los personajes. En su discurso tras la recepción del Premio Cervantes hablaba del desdoblamiento del autor en la multiplicidad de sus personajes, de cómo en ellos vivía aquellas vidas que podría haber vivido; si el verdadero novelista se alimenta de la observación, lo primero que debe observar, decía, es su interior habitado por esos cientos de personajes a los que dará vida. Los personajes de Delibes llevan, por tanto, dentro de sí mucho del autor. Desde Pedro, el adolescente protagonista de *La sombra del ciprés es alargada*, angustiado ante la muerte, hasta Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje*, novela que constituye una defensa apasionada de la tolerancia y de la libertad de conciencia.

De entre todos los personajes delibeños, los niños, los viejos, los seres sencillos o marginales dentro de la sociedad son los que aparecen tratados con mayor cercanía y ternura. Los personajes de *El camino*: Daniel el Mochuelo, Roque el Moñigo y Germán el Tinoso; el Nini de Las ñafas; Eloy, el viejo funcionario jubilado de *La hoja roja*; el señor Cayo o Azarías, Paco el Bajo y la Niña chica de *Los santos inocentes* son seres de carne y hueso que acompañan al lector y se quedan ya con él como un amigo o un familiar más. También Lorenzo, el conserje, uno de los personajes preferidos por el autor, protagonista de los *Diarios*.

Se ha señalado como uno de los méritos fundamentales en la construcción de los personajes el haber sabido dejarlos hablar. En el discurso tras ser investido Doctor honoris causa por la Universidad de Valladolid dijo "Si yo escribo bien es porque vosotros habláis bien y os he escuchado". El fino oído del escritor capta el lenguaje rural, el de la burguesía ciudadana, el de los jóvenes, el de los niños y lo pone en boca de sus personajes. Esto aparece claro en los *Diarios*, donde se muestra directamente el lenguaje de individuo de clase social baja, apasionado de la caza; en *Cinco horas con Mario*, donde se da una recreación perfecta del lenguaje conversacional de una mujer de la clase media; también en aquellas novelas en la que se da un predominio claro a

la voz del narrador, como *El camino* o *Las ratas*, pero en las que el lenguaje de los personajes llega a contagiarse del narrador y termina imponiendo su propia perspectiva. Umbral hablaba de esa especie de ventrilocuismo literario: "Delibes puede poner voz de niño de pueblo, de criada respondona, de señorito de provincias, de paleta castellano, con una eficacia que es su mayor virtud creadora a la hora de novelar."

Un paisaje

Pocos autores tan incardinados en su ciudad y en su tierra como Delibes. La elección de Valladolid como escenario de su vida ha sido consciente: "tengo el convencimiento de que la vida se vive más intensamente, más humanamente, sin cambiar tus raíces. Yo he seguido viviendo con mi gente desde el instituto: reconozco a mis compañeros de juegos en el farmacéutico que me sirve, en el médico que me atiende y en el cartero que me trae la correspondencia. He apreciado siempre esto como un valor, aunque esta fidelidad puede ser una virtud o una conveniencia".

De Castilla lo que más le ha preocupado ha sido la despoblación de los núcleos rurales y la pobreza. La defensa de Castilla fue una tarea asumida desde su labor periodística y desde sus novelas. Umbral habla de que Delibes ha "desnoveantayochizado" Castilla. La Castilla de Delibes no es estética, como la del noventayocho, se alimenta de realidad; sus novelas son una penetración cruda, pero amorosa, en los problemas de sus gentes, en su triste presente y en su problemático futuro. Las raías, novela emblemática en este sentido, nos presenta, por ejemplo, el tema de la miseria y el abandono de los pueblos castellanos. Sin embargo, dista de tener un mero valor documental; transformado el espacio por la perspectiva de personajes, como el Nini o el Ratero, el espacio real se convierte también en un territorio literario. Castilla para Delibes cumple la función que otros territorios literarios, reales o míticos, han cumplido en escritores como Kafka, Joyce, Faulkner o García Márquez.

La fidelidad al paisaje y a las gentes de Castilla no le ha impedido, sin embargo, viajar por todo el mundo para conocer otros paisajes y otras gentes. Ahí están sus libros de viajes como testimonio de sus experiencias. "La Castilla de mis libros, sólo he acertado a verla tal como es, después de recorrer Europa y todo el continente americano".

Una pasión

No voy a referirme a la pasión como motor de la acción en sus novelas, sino a aquellos temas que han apasionado a Delibes en su obra.

Cuatro son los grandes temas que el propio Delibes señala en el prólogo a sus obras completas: "muerte, in-

fancia, naturaleza, prójimo". De ellos, ha dicho, dos constituyen su preocupación: muerte y prójimo; y dos su vocación: infancia y naturaleza.

Una manera de darse cuenta de lo que ha significado el mundo de la infancia en su obra es acercarse al libro que en 1994 se publicó con el título *Los niños* y el subtítulo *Las mejores páginas del escritor sobre el mundo maravilloso y dramático de la niñez*, una recopilación de pasajes de su obra narrativa protagonizados por personajes infantiles, entre ellos, fragmentos de siete novelas (*La sombra del ciprés es alargada*, *El Camino*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *Las ratas*, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, *Las guerras de nuestros antepasados* y *377 A, madera de héroe*) y algunos cuentos. Los niños, de pueblo y de ciudad, con sus semejanzas y sus diferencias en la forma de ver la vida y la muerte, llenan muchas páginas. Es, por cierto, frecuente encontrar infancia y muerte entrelazadas: muchos de los personajes infantiles de sus novelas son huérfanos, desde Pedro el protagonista de *La sombra...*, a el Nini de *Las raías*. El Senderines de *La mortaja* es un niño que ve morir a su padre. A veces, son los niños quienes mueren: Alfredo en *La sombra...*, Germán el Tinoso en *El camino* o Melé en *Diario de un cazador*.

El contraste entre naturaleza y progreso en su obra se ha querido ver muchas veces de forma simplista como proyección del viejo tópico literario del "menosprecio de la corte y alabanza de la aldea". Incluso se llegó a tildarle de reaccionario porque Daniel, el niño de *El camino*, veía su marcha del pueblo como una traición a su vocación y se suscitó una controversia sobre si Delibes estaba o no en contra del progreso. Tras su discurso de ingreso en la Real Academia, *El sentido del progreso en mi obra*, y de su libro *Un mundo que agoniza* su postura quedó perfectamente clara. Hoy, que estamos tan sensibilizados en este tema y que se habla tanto de desarrollo sostenible, vemos en Delibes un abanderado de la ecología por su oposición al progreso deshumanizado que enfrenta al hombre con el hombre y a la naturaleza con la técnica. Los problemas sobre los que nos llamó la atención no han hecho más que aumentar y testimonio de que éste es un tema siempre presente para él es el libro *La tierra herida* (2006), basado en un diálogo entre Delibes y su hijo, Miguel Delibes Castro, un destacado especialista en temas medioambientales y que revela los graves problemas que afectan a la tierra y, por tanto, al hombre como especie.

Este sesenta cumpleaños de la primera novela de Miguel Delibes es una buena ocasión para leerlo o releerlo, porque como ocurre con los clásicos siempre tiene algo nuevo que decirnos. De la lectura de sus libros no sólo volveremos más sabios, sino mejores.

EDUARDO GARCINUÑO RÍOS